

ALLÉ

ENCUENTRO A LOS PIES DEL PUMORI



Reyes de Miguel Renedo

EDICIONES TREKKINANDO

ALLÉ

ENCUENTRO A LOS PIES DEL PUMORI



Reyes de Miguel Renedo

EDICIONES TREKKINANDO

ALLÉ

Encuentro a los pies del Pumori

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright (©). La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

© Reyes de Miguel Renedo - himareyes@hotmail.com

1ª Edición: Octubre 2017

Fotos de portada e interior: © Reyes de Miguel Renedo

Diseño y Maquetación: Miguel Gutiérrez Pérez

Edita: Ediciones Trekkinando - ediciones@trekkinando.com

A mis padres, Juan de Miguel y Berta Renedo

A mis hermanos Ignacio, Berta, Víctor, Juan, Bernardo, Santiago y Gonzalo

A mi marido Víctor Manuel Hernández Navarro

*Y en especial, por ellos y para siempre a mis hermanos Pablo y José María,
fallecidos el 3 de octubre de 1989*

Al pueblo de Nepal...

Prólogo

No. Definitivamente esto no va a ser un prólogo como me pidió Reyes; esto va a ser un simple retrato de una amiga (mi hija-amiga mejor) que un buen día decidió escribir una experiencia...

“...¿Sabes? Al fin me voy al Pumori”

“Pero ¿cómo, cuándo, con quién?”

Una carcajada de las suyas (orquesta completa, con todos los instrumentos, batería incluida)

“...Salgo ya. La semana que viene... ¡Ah! y sola...”

No, no me resultó extraño. La conozco bien. Ella es así: VITAL, todo en mayúsculas. Decidida, positiva, luchadora, imprevisible. Dura como la roca por fuera, inmensamente dulce y profunda en su yo más íntimo.

Allá, en el Himalaya, había algo importante: dos hermanos dejaron sus cuerpos atrapados en la montaña cuando escalaban. Y nació en ella un inmenso deseo de poder llegar hasta allí, de sentir su presencia “in situ”, de traer unas fotos del lugar para su madre... Pero sobre todo, había una necesidad imperiosa de subir, subir, subir a esa montaña que de alguna manera estaba siempre presente y también representaba su vida: ese deseo de subir cada vez más alto... (¡Qué gran escaladora esta Reyes!) subir por fuera, por dentro; en kilómetros, en profundidad de espíritu... subir siempre más...

Sé de su fortaleza, de su generosidad, de su decisión, de su tesón inquebrantable, de su deseo de dar más en todo, de llegar más lejos en todo: en su trabajo de bombera, en la escalada, en el alpinismo, en el taekwondo, en la danza, en su labor solidaria, en la amistad, en el amor...

Seguramente vas a leer el libro de un tirón. No quieras encontrar en esas páginas muchos datos para ampliar tus conocimientos geográficos, históricos, sociológicos... Los encontrarás - sí - pero no es eso. No busques una literatura depurada y tecnicista, no. Tienen sus páginas el frescor y el sabor de las notas escritas sobre las rodillas, a la luz de una vela, después de una larguísima pateada, para plasmar en un cuaderno-diario, con pocas palabras, lo que los ojos han visto y el corazón ha sentido ese día. Lee y saborea este libro con un espíritu abierto a lo grande, a lo que va más allá de la letra, más allá de lo que ven tus ojos. Lee con el corazón. Te encontrarás de frente con una mujer, una amiga, a la que, de verdad, merece mucho la pena conocer. Créeme.

Mari- Ajo



Ilusiones
que andáis sueltas por el mundo
galopando y abriendo terrenos
aún sin explorar,
reflejaos en mi espejo esperanzador
y guíadme.

CAPÍTULO 1

Madrid, sábado 16 de septiembre.

Aquí estoy, sola, esperando embarcar en mi avión hacia Amán. Va a salir con retraso. Después de estar con Concha y los niños, y como no, con los incondicionales, Fede, Miriam y Mariano, por fin ha sucedido lo que me tenía tan nerviosa, entrar en la zona de embarque, despedirme de todos y quedarme sola. Sin embargo, lo único que he sentido es paz y tranquilidad, quizás por disponer al fin de un momento de relax después de tantos días de ajetreo y estrés. Suele ser bastante normal en mi vida que se me unan asuntos importantes. En esta ocasión, para darle más emoción a mi viaje, un traslado de domicilio, ¡algo descansadito! Llevaba años buscando casa en San Andrés, pueblo pesquero que me cautivó nada más verlo, pero la “casualidad”, ese concepto en el que no creo mucho, hizo que la encontrase una semana antes de mi partida, ¡increíble! No podía renunciar a ella, así es que comencé a trabajar sin parar. Empaquetar, llenar mi pequeño coche y trasladar. Pasé cinco días de un lado para otro, apenas sin tiempo para comer o dormir. En mi nuevo habitáculo iba amontonando cajas, pero intentando llevar un orden pues por suerte o desgracia, peco de ser un tanto ordenada y ahora debía serlo más, por varios motivos: primero, preparar mi mochila con todo aquello que necesitaba, por lo que no podía volverme loca luego buscando cosas; segundo, ese equipaje incluía material que tenía que

pedir, comprar o preparar yo misma, como por ejemplo las cintas de cassette que deseaba grabar para el viaje, en total tres, una de baladas, otra movidita para cuando necesite animarme y una tercera muy especial, con mis músicas favoritas para el momento cumbre de mi viaje, ¡todo un curro!; y el tercer motivo, por el hecho de que mi amiga Asun me había pedido cobijo justamente en esos días hasta que encontrase una casa. Naturalmente dije que sí, avisándole acerca de lo que iba a encontrar en su nueva residencia, o sea, un almacén.

La noche antes de mi partida me encontraba totalmente exhausta, ¡no paré! No tenía posibilidad de dormir, aún me quedaban por ultimar un montón de cuestiones. Sobre las seis de la mañana me di una ducha, me puse el albornoz y tomé un café con leche y galletas. Mi cuerpo se desplomó acto seguido en uno de los sillones y cerré los ojos para relajarme en la media hora que me quedaba hasta que viniese Lourdes a recogerme. ¡Y me dormí!, lo más normal en estos casos. Al oír el timbre sin parar, acompañado de golpes en la puerta, di un salto que casi me provoca un infarto. Corrí a abrir, y al verla, en vez de un ¡hola!, dije: ¡me dormí! Me puse muy nerviosa, mi corazón latía tan fuerte que pensé que se escaparía. Lourdes intentaba tranquilizarme y yo no cesaba de hacer todo a la velocidad del rayo. En quince minutos estaba lista, sentada en su coche y repasando mentalmente todo lo que llevaba para no olvidar nada.

En un abrir y cerrar de ojos me encontré en Madrid. Y lo pienso así, pues la verdad es que desde que me sobresalté con el ¡ring!, del timbre, hasta aquí, no recuerdo casi nada. Es como una vivencia media borrosa en la que ni siquiera era consciente de lo que pasaba. He debido venir todo el vuelo durmiendo. De todos modos, ¡si no llega a ser por Lu!

Y aquí, en la capital, me esperaban aún más sorpresas y a causa de ellas, también más nervios. Nada más desembarcar, encendí el teléfono; había un mensaje de Concha. Me avisaba que el avión para Amán había adelantado la hora de salida, lo que significaba que disponía de menos de una hora para llegar del de Tenerife al otro. De nuevo, corazón y mente a tres mil por hora. Recogí la mochila, salí y allí estaban todos esperándome: Fede, Miriam, Mariano, Concha y los niños, Pablo y Clarita. No pudimos tomar

ni un café, sólo correr hacia salidas internacionales. Hablamos poco y aprisa acerca del viaje. Guardé las cosas que me traían, una chaqueta de goretex, carretes de fotos, un pantalón de forro polar y algo más. Unos besos rápidos y un adiós liviano, como si me fuese por un par de horas simplemente.

Por eso, aún me parece mentira estar a punto de saltar hacia esta aventura tan soñada y deseada por mí. Pero sí, aquí estoy, y me siento fuerte, decidida y con ganas de empezar a vivir esta nueva historia. Mis miedos y preocupaciones parecen haberse evaporado en un instante, quizás porque ahora ya no puedo permitir que flaqueen mis fuerzas y asustarme.

A mi mente vuelven los recuerdos como un enjambre de acontecimientos, situaciones, conversaciones y nervios. Me veo a mí misma meses atrás, decidida a hacer realidad un sueño, una ilusión, mi ilusión. Todo parecía conspirar en mi contra, y sin embargo, algo dentro de mí me empujaba y animaba a continuar. ¿Cómo vas a ir sola allá?, ¿pero si no tienes dinero, y ni siquiera sabes hablar inglés!, ¿estás loca o qué? Y yo, sin escucharles, siempre adelante, con una única frase en mi corazón: ¡Me voy y todo va a salir bien! ¡Seguro!

¡Eh, despierta, que anuncian la salida!

Me tiemblan las piernas y me late el corazón con fuerza, ¡llegó mi hora!

.....

Ya estoy en el avión hacia Amán (Jordania), no hay vuelta atrás. Veremos qué me depara el destino. Espero que todo sea bueno y agradable. Hemos despegado a las diez de la noche y el vuelo



Foto: En el interior del avión Madrid-Amán

creo que tarda unas cuatro horas. No es mucho tiempo, pero seguro que se me va a hacer eterno pues esto se mueve muchísimo.

La verdad es que estoy algo aburridilla. Me ha tocado en la parte central del avión, junto a otros tres asientos en los que no hay nadie. ¡Mejor!, así puedo estirarme a mi antojo.

Me siento alucinada de lo loca que estoy, pues no llevo ni una hora de viaje y a la primera que me han hablado en inglés, ha sido la azafata, no he entendido nada. He supuesto que me preguntaba qué deseaba beber y le contesté que “water”. ¡Ay, que mal voy a llevar lo del idioma! Me río y si estuviera con algún amigo, me reiría muchísimo más, pues en realidad la situación resulta muy divertida. Bueno, ¿qué tal si dejo la escritura y descanso algo antes de llegar? Sí. Es una buena idea. Chao.

Amán, y supongo que aquí será ya domingo.

Increíblemente, he logrado llegar a este hotel después de una odisea tremenda y surrealista a tope. Resulta que Mariano, que fue el que se encargó de comprar mi pasaje, olvidó explicarme un pequeño detalle “sin importancia”: que este avión hace escala aquí, en Amán, por lo que el billete debe incluir pasar la noche en este hotel. El caso es que me ha tocado ir descubriendo todo a trancas y barrancas y aún no estoy segura totalmente de cómo son las cosas.

En el aeropuerto fui haciendo lo mismo que los pocos pasajeros que viajaban conmigo. Me coloqué en la misma fila que todos y esperé mi turno. Pero claro, como era de suponer, cuando aquel árabe vestido de militar y armado hasta los dientes comenzó con sus preguntas, me quedé mirándole sin saber qué decir. Le mostré mi documentación pensando que sería lo que me estaba pidiendo. Revisó mis papeles y no, ¡no acerté! Me los devolvió de muy mala forma. Él, cada vez más nervioso, continuó insistiendo pero gritando. Yo, la mar de tranquila, intentaba decirle con un inglés de lo más incomprensible que no entendía nada. Al final, muy enojado, optó por enviarme a otro mostrador del aeropuerto bastante alejado. Y allí me encaminé por esos pasillos medio a oscuras, más sola que la una pues no

había ni un alma, hasta llegar delante de otro jordano, vestido de paisano. ¡Y otra vez la lucha con el idioma! De nuevo, aquel pobre hombre hablando y hablando y yo mirándolo atónita sin decir una palabra. De repente, sin saber por qué, me entró una risa floja que no podía parar y entonces, el que se quedó boquiabierto fue él. Mi risa, era una forma de expresar el miedo y la inseguridad que se iba apoderando de mí poco a poco. Mi mente trabajaba a toda mecha intentando componer alguna frase en un inglés inteligible, pero mi garganta no emitía ningún sonido. Sus ojos negro azabache, a juego con su tez morena, interrogantes, clavados en los míos, suplicantes. Nuestras miradas debieron entenderse pues al cabo de unos segundos, sin hablar nada más, me dio algo parecido a unos tickets y señaló hacia el lugar de donde había venido, y supuse que era allí donde debía dirigirme otra vez.

¡Frente al militar de nuevo! Era la última pasajera en ese insólito aeropuerto y no parecía gustarle el hecho de perder tanto tiempo conmigo. Continuaba con cara de pocos amigos. Cogió los papeles que le hacían falta y me dejó pasar. Pero, ¿hacia dónde tenía que ir? No entendía nada, me preguntaba qué sería de mi mochila y seguí caminando por el desierto y oscuro aeropuerto hacia la puerta, único lugar donde vi dos señores. Cuando llegué allí, uno se dirigió a mí y pronunció dos palabras en tono de pregunta y sin saber por qué, yo repetí uno de ellos, con lo que aquel buen hombre señaló hacia un pequeño autobús en el cual había otros pasajeros y supuse que me indicaba que fuese hacia él, y fue lo que hice. Me senté donde había hueco libre. Resoplé. Hablaban en inglés e intenté entender lo que decían y ver si me enteraba, dónde íbamos, dónde estaba el equipaje y en fin de lo que estaba ocurriendo. Quizás el mismo cansancio que tengo sea el que ha hecho que todo me pareciese normal y no me preocupase lo más mínimo; el caso es que esa guaguilla me trajo hasta este hotel, y al igual que todos “mis compañeros desconocidos”, estoy en una de las habitaciones, acabo de darme una ducha y ya no quiero pensar más, voy a acostarme, pues son como las cinco de la madrugada. A veces todo esto me parece irreal, me pellizcaré para comprobar qué pasa. Nada, me ha dolido así es que creo que es todo cierto, así es que mejor dormir y ya se verá que pasa mañana.

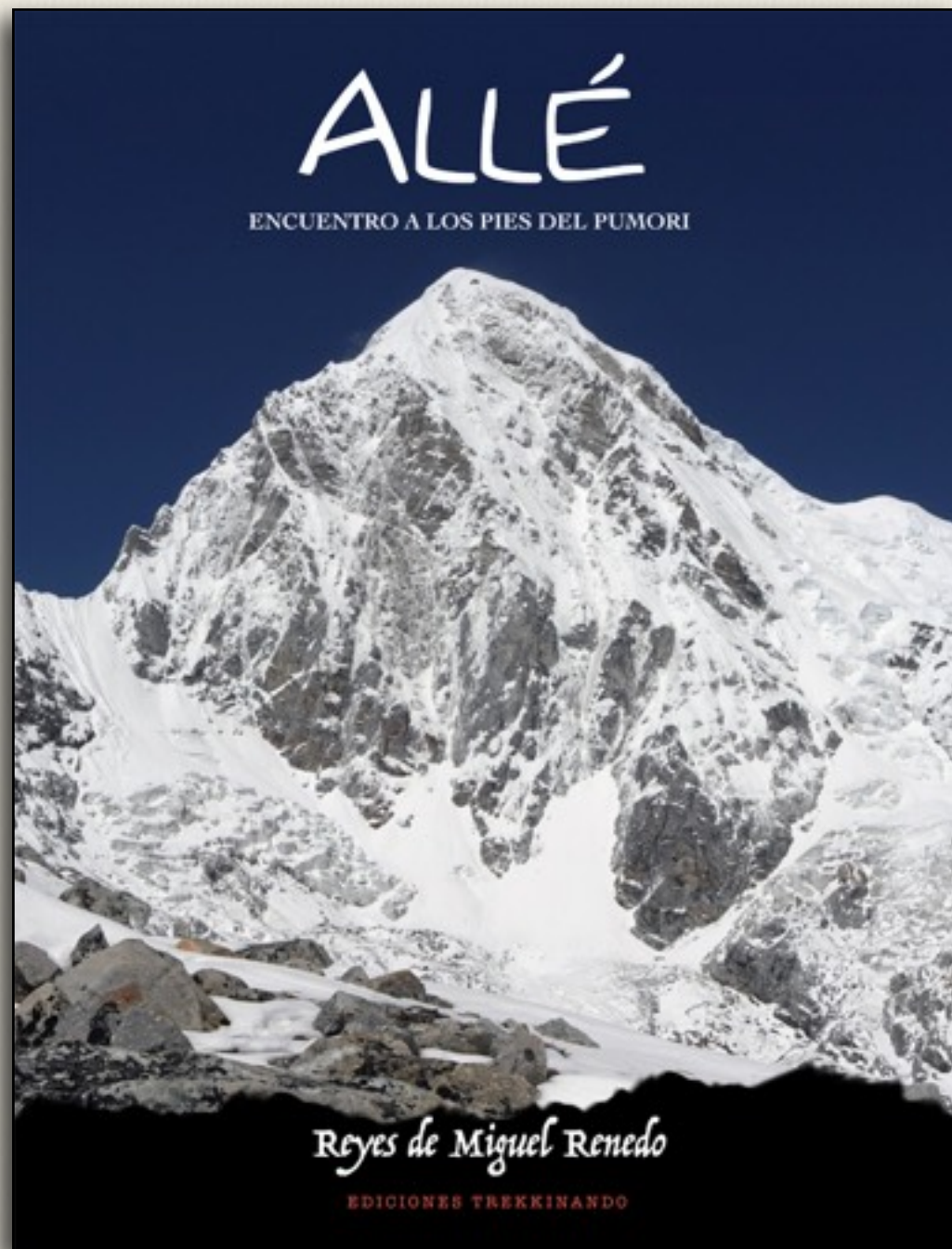
Amán, domingo 17 de Septiembre.

Son las cuatro y media de la tarde, ¡el día ha ido bien! Estuve durmiendo hasta las doce de la mañana más o menos. Me levanté, me duché y bajé a recepción para ver qué pasaba. Y pasó que cuando me quedé mirando al chico que estaba tras el mostrador, sin decir nada y él tan callado como yo, me miró, le mostré la llave de la habitación y me entregó un ticket: era un pase para el comedor y hacia allí me encaminé. Aparentemente, mi paso firme y decidido daba a entender que era una extranjera más, con la seguridad que da el saber por qué estás allí, dónde vas y lo que hay que hacer, pero la realidad era muy distinta, ¡no tenía ninguna respuesta para estas preguntas! Pero tampoco estaba demasiado nerviosa o asustada, simplemente me dejaba y me dejó llevar, ¡ya se verá que pasa!

Entré y me dirigí hacia una de las mesas libres y apartadas del enorme comedor. Me senté y esperé. No podía parar de mirar de un lado para otro a todo el personal que entraba y salía del restaurante. La mayoría de las mujeres eran árabes, con sus típicos saris de múltiples y brillantes colores. Iban tapadas por completo, tan sólo sus ojos al descubierto, ¡y qué ojos! Desde pequeña había soñado con este mundo, creo que casi todas las niñas hemos querido vivir en nuestra piel ese cuento de las mil y una noches, y por un momento imaginaba que podría entrar un verdadero príncipe, con séquito y todo, ¡ojalá!, pensaba, ¡sería una experiencia increíble! Pero no fue así. En realidad, los hombres que había estaban ataviados más a lo occidental, aunque alguno vestía con túnica y turbante. No obstante, creo que para ellos, yo debo ser el espécimen raro al que observar, pues no cesaron de posar sus oscuros ojos sobre mí.

Se acercó uno de los camareros, enseñé mi ticket y al ratito volvió con una bandeja, mi desayuno: café con leche, zumo, bollo de pan, mantequilla y mermelada, ¡como en casa! ¡Cuántas horas llevaba sin comer? Por el hambre que de repente sentí, debían ser unas cuantas.

Cuando estaba terminando mi almuerzo se sentaron a mi lado dos chicos marroquíes, Kalid y Bakiro, (parece ser que yo aunque esté en el extranjero



POR TAN SÓLO

4€.

PUEDES CONTINUAR LEYENDO ESTE APASIONANTE RELATO.

CONSÍGUELO EN:

<https://reyesdemiguel.info>



REYES DE MIGUEL RENEDO, nacida en Cáceres el 6 de Enero de 1.965, y afincada en Tenerife desde el año 1989.

Bombrera de profesión, montañera y alpinista por pasión. Amante de la aventura que ha buscado en todos sus viajes llenarse de experiencias para enriquecer su alma, unas por solidaridad como la de Haití, tras el terremoto de 2010; para trabajar incansablemente en las tareas de rescate junto a su equipo. O las de Perú, Nepal o Mauritania con proyectos de cooperación internacional. Y en otras, para vivir lo que más le gusta: estar en las montañas, subirlas, patearlas, compartirlas con amigos,... ser montaña (como ella dice de sí misma). Así sus multitudes ascensiones y trekkings por muchísimos picos de España, Francia, Italia, Chile, Argentina, Perú, Nepal, Corea, China....

Actualmente dedica también su tiempo en dirigir la escuela de Escalada Realroc de Tenerife, donde transmite sus conocimientos, vivencias y valores a niños y niñas, así como a adultos que desean adentrarse en su mundo, la montaña, a través de la escalada.